

En la primera salida á caballo no hubo incidente particular. Regina y Edmea dieron bizarramente la vuelta al parque, acompañadas de Fernando, y volvieron al cabo de dos horas. El movimiento y el aire libre habian animado al antes descolorido semblante de Regina. Su marido le dirigió con este motivo alguna frase lisonjera que la entusiasmó. Pero la mañana siguiente se levantó indispuesta, y comprendió que aquel ejercicio no era ya propio de su edad. Dijo á su hija con un poco de tristeza que debía montar sólo, prometiéndola seguirla en carruaje, lo que sería lo mismo para Edmea; y para ella mucho más cómodo. Pero sucedió que el carruaje no podía pasar por algunos sitios por donde los caballos pasaban perfectamente, y ésta fué una contrariedad en el paseo de aquel día.

—Veo bien—dijo Regina—que soy un estorbo para vosotros. Es una desgracia no ser siempre joven... Pero ¿qué quieres, niña mía? Lo que no puede ser, no puede ser. Salid los dos solos, y dejadme á mí en mi butaca, puesto que ya no sirvo para nada.

Pero su hija manifestó en un tono tan firme y decidido que se quedaría con su madre, que no hubo medio de insistir, y el ejercicio á caballo cesó desde el mismo día. Fernando, á quien contrariaba mucho esta interrupción, no demostró, sin embargo, ningún disgusto. Aceptó tranquilamente la privación, y se quedó en casa, no pareciendo aburrirse, y charlando con la misma verbosidad de siempre.

Y se ocupó menos en decir cosas agradables á Edmea, como si su galantería de los pasados días no hubiere sido más que un capricho pasajero. La joven sintió una especie de consuelo, y no pudo menos de agradecerle aquel cambio de actitud. Recobró un poco de confianza, y pensó si sus recelos no habrían tenido verdadero fundamento. Habló algo más, con menos sequedad, y no se presentó al Barón con aquel gesto airado y aquella gravedad con que parecía querer persuadirle de su poco afecto.

Para ocupar las noches, el Barón se había ofrecido á enseñar á Edmea á jugar al billar.

Ella se había negado, pero al fin se prestó de buen grado. Regina se instalaba en un diván debajo del cuadro, y armada de un bastoncito, iba marcando los puntos. Progresivamente se establecía entre ellos la vida de familia. Las inquietudes de Edmea se calmaban, y Fernando se conducía con ella como un buen amigo leal, ni más ni menos. El más perspicaz no hubiera encontrado nada que reprochar en sus palabras ni en su conducta. Era un hombre agradable, cortés y gracioso. Pero, ¿era criminal en él mostrarse lo que siempre había sido?

El tiempo, como si hubiera querido también añadir su encanto á tan pacífica y deleitosa existencia, era mucho más clemente. Un tardío veranillo de San Martín había serenado y despejado el cielo. El aire, áspero y seco, se dulcificaba, y los pajarillos, engañados por la dulzura de la atmósfera, cantaban en los arbustos. Una tarde, Regina, viendo á su marido ocioso y pensativo, dijo á Edmea:

—Hace una tarde hermosa; debíais pasear á caballo por el jardín: los caballos estarán aburridos en la cuadra.

Si Fernando hubiese cogido al vuelo estas palabras y manifestado su conformidad con esta proposición, Edmea hubiera probablemente reflexionado y se hubiera negado ciertamente.

te á seguir el consejo de su madre. Pero pareció él tan indiferente, tan indeciso, se apresuró tan poco á aceptar, que no tuvo ocasión de alarmarse la prudencia de la joven. Estimulada por su madre, se dejó convencer, y consintió en dar un paseo á lo largo del estanque, á la vista de las ventanas del salón. Un cuarto de hora después, iban los dos á caballo, al paso, por la orilla del río, ella delante, él un poco atrás, taciturno y como dormido.

Edmea notó con extrañeza la actitud del Barón, tan indiferente y poco expansivo, él, á quien tanto entusiasmaba el ejercicio á caballo, siendo, como era, excelente jinete. Tocó la joven ligeramente con el látigo á su caballo, que se puso al trote y avanzó un poco.

El no la siguió; conservó su paso lento, como si olvidase que su misión era escoltar á la joven. Ella, viéndose libre, y sin darse bien cuenta de lo que hacía, corrió vivamente, sin preocuparse de su compañero, y alegrándose de que no la siguiera. Pasó al trote el puente de la Divonnette, y se entró en el parque. Delante tenía una calle de árboles un poco pendiente, flanqueada de altos y negros abetos. Picó un poco al animal, y éste se lanzó al galope. Al llegar arriba, se detuvo un momento, y contempló la naturaleza, mientras el caballo

alargaba el hocico para refrescar su boca con la hierba.

Muchas veces había venido á sentarse en aquel sitio, esperando á Billet, y había distraído sus ojos contemplando la inmensidad de la llanura matizada de bosques y cortada por los ríos, cuya corriente, al reflejarse en ella el sol, brillaba entre las largas hileras de juntos. Jamás le había sorprendido y encantado tan profundamente el paisaje que tenía delante de sus ojos. Un labrador, siguiendo lentamente el surco oscuro, se inclinaba sobre su arado, del que tiraban cuatro vigorosos caballos, cuyo sudor humeaba en el aire. El hombre les excitaba con un grito seco, y los animales apretaban los corvejones y hacían fuerza con el robusto cuello. Junto á un montecillo de tierra blanco, algunos hombres bajaban y subían, con el auxilio de un torniquete de madera, espuestas de tierra; y en el fondo del valle, en las lindes de los bosques, los corderos, bajo la guarda de un pastorcillo que silbaba alegremente, iban de aquí allá en demanda de la hierba amarilla y escasa. Más lejos, en el pueblo de Clairefont, se veía alzarse el campanario de la iglesia, en medio de la verdura de los jardines y de los tejados rojos de las casas. Y á lo largo de una pared gris, un vendimiador pasaba revista á

las estacas de sus vides. Era un precioso cuadro, bañado por una luz dorada. Reinaba una paz profunda, formada por la tranquilidad vigorosa de la tierra y la serena seguridad de los que la trabajaban.

Edmea, que no había salido de casa durante algunos días, gozaba deliciosamente de las bellezas de aquel paisaje incomparable. Largo tiempo estuvo allí inmóvil, acariciada por el viento que venía del valle.

Un ruido súbito la distrajo de su contemplación.

Se volvió con enojo, y vió al Barón, que subía al trote la pendiente por donde ella había llegado á aquel sitio. Se sintió contrariada por no haber podido sustraerse á la vigilancia importuna de su acompañante. Y, mitad deseo de estar sola, y mitad capricho de dar una sorpresa al Barón, recogió la brida y dirigió su cabalgadura hacia la línea circular que conducía al puente de la Divonnette.

Su largo velo, desprendido, flotaba á su espalda, y Edmea corría sobre un suelo elástico y suave de brezo, cubierto de musgo. No pensaba ya en Fernando, cuando le volvió á ver á su izquierda, en un sendero transversal, próximo ya á llegar donde ella estaba, porque al efecto había tomado el atajõ. No quiso que

el Barón se le pusiera al lado, y continuó á galope. El Barón le gritó:

—¡Edmea, juicio; que la va á tirar á Ud. ese animal!...

Ella seguía corriendo, no castigando á su montura, pero excitándole con la voz, de suerte que cada vez era más rápida su carrera. Fernando, viéndola pasar así, huyendo de él y desafiando su enojo, cedió á un movimiento de vanidad, y quiso ganarla en velocidad, adelantarse á ella, y detenerla. El caballo que llevaba era un animal de sangre, muy vigoroso. De pie en los estribos, el cuerpo hacia adelante, con el aplomo de quien ha montado mucho, le hizo tomar el galope de carrera. No tardó en ser corta la distancia que los separaba.

Edmea, oyendo que se acercaba el Barón, sintió un miedo súbito, como si la persecución hubiera sido realmente cierta, amenazadora. En su cabeza, inflamada por el movimiento y la emoción, surgieron las más extrañas ideas. Imaginó que iba fugitiva, perseguida por implacables enemigos, y que su libertad dependía de la rapidez de su fuga. Si llegaba al punto la primera, estaba en salvo; allí encontraría asilo y protección. Pero si se dejaba alcanzar, estaba perdida. La impresión nerviosa que sentía parecía que la comunicaba á su yegua, que,

las narices humeantes, los ojos saltones, ardientes y espantados, la cabeza baja y la boca vertiendo espuma, empezaba á no obedecer á la brida.

El Barón, más tranquilo, se alarmaba por la violencia de la carrera, y juzgando que la yegua de Edmea se desbocaba, no se atrevía á gritar, temeroso de excitarla más. Iban con tal velocidad, que el Barón veía al fin del camino acercarse, como si se moviera y viniera hacia ellos el puente estrecho y resbaladizo de la Divonnette. "No puede detener al caballo—pensó,—y si por desgracia el caballo tropieza y cae, esa mujer perece. Es preciso á toda costa que yo me adelante y la cierre el paso, antes de llegar al río."

Hallábase detrás de ella; la cabeza de su caballo casi iba á tocar á la grupa de la yegua, metió espuela, apretó las rodillas en un esfuerzo que le hizo ganar algunos metros, y con la mano derecha cogió la brida de las de Edmea.

Ésta, roja de cólera y de temor, gritó:

—Déjeme Ud.

Él, rojo también, sin poder apenas respirar, contestó:

—No sabe Ud. lo que hace.

—Lo sé muy bien—replicó exasperada...—y le prohibo á Ud. que me detenga.

Iban muy juntos los dos, corriendo todavía, pero con menos velocidad, ella desafiándole con la mirada y amenazándole con la voz; él sosteniendo firme la brida y negándose á soltarla. En un instante, la joven, ante esta tenacidad, sintió exacerbarse su terror y su odio; se vió ya en poder del hombre que temía y detestaba.

Quiso desasirse á todo trance, y levantando el látigo, sacudió con rabia sobre la mano que le impedía huir.

—¡Edmea!—gritó el Barón. Y violentamente, cortando la boca de la yegua, la detuvo instantáneamente. La joven saltó sobre la silla, y hubiera caído, si él con brazo vigoroso, no la hubiese sostenido. Aturdida, ciega, á punto de perder el conocimiento, estuvo un segundo, sin fuerza y sin conciencia de su estado, apoyada en el hombro de Fernando, asiéndose instintivamente á él. Habíase soltado su negra cabellera, y Fernando se sentía embriagado de su perfume dulce y penetrante. La miraba, recreándose en su belleza y en su juventud; y olvidando dónde estaba, quién era ella y no viendo nada más sino que aquel cuerpo hechicero que palpitaba junto á su pecho era el de una mujer adorable, y en secreto adorada, perdió la cabeza, sus labios tocaron con delicia los negros cabellos per-

fumados, y murmurando palabras incoherentes, la estrechó contra su corazón.

Edmea abrió los ojos, se vió en brazos de Fernando, le rechazó violentamente, y saltando á tierra; echó á correr con todas sus fuerzas hacia el río, loca, tropezando á cada paso por lo que la impedía correr la amazona, y exhalando gritos inarticulados. Llegó al parapeto del puente, y allí se detuvo; la pobre se ahogaba. Se apoyó en el pretil, comprimiendo con una mano su corazón, que rebosaba espanto y repugnancia. Fernando la siguió lentamente, como anonadado. Edmea le gritó con voz de angustia:

—¡No se acerque Ud.!

—¡Edmea!—exclamó, siguiéndola:—por caridad...

—Si da Ud. un paso más, me precipitó en el río!...

Inclinada sobre el pretil del puente, iba á realizar su amenaza. Fernando se detuvo. Y allí estuvieron unos momentos, uno enfrente de otro, aterrados los dos, él por lo que había hecho, y ella por lo que había sufrido. Pasos rápidos entre la maleza les sacaron de su estupor. La joven lanzó una exclamación de alegría, reconociendo á Billet, que llegaba presuroso. Al ver á su señorita y al Barón, frunció el entrecejo, y corrió jadeante.

—¡Ah! ¿Era Ud., señorita Edmea, la que gritaba hace un momento?—preguntó asustado, al ver el desorden en que se hallaba su querida ama.

Y como Edmea, temiendo hablar demasiado y descubrir la vergüenza de lo que había pasado, callaba, prosiguió:

—¿Qué ha podido suceder á mi señorita, paseando á caballo con el señor Barón, que es tan buen jinete?

Fernando recobró el primero su sangre fría, y queriendo poner término á las preguntas del guarda, contestó:

—La yegua de la señorita se ha desbocado, y ha faltado muy poco para que la arroje al río.

—Pues pronto se ha serenado el animal—replicó Billet, señalando á la yegua, que, empapada en sudor, estaba á un lado del camino.—¿Ha sido al detenerla cuando se ha hecho el señor Barón esa herida?...—preguntó á Fernando, en cuya mano se veía una línea morada, profunda, como si hubiera recibido un sablazo.

—Si, deteniéndola,—contestó Edmea haciendo un esfuerzo.

—Pues no ha salido bien librado el señor Barón—murmuró Billet, con un tono tan irónico,

pudo llorar sólo y desahogar su oprimido corazón. Toda la fuerza de carácter que había demostrado para disimular delante de Billet y de su madre, la había abandonado, y era ya débil como un niño. Espantábale la idea de que tenía que verse otra vez en presencia de aquel hombre, cuyo recuerdo le hacía temblar. Encontrarse con él, soportar sus miradas, no algunos instantes, no una sola vez, para no verle luego más, sentarse con él todos los días á la misma mesa, en el mismo salón, hallarle en las escaleras, en los corredores, y verse expuesta nuevamente á sus audacias, esto era lo que esperaba la joven. Y se retorció las manos desesperada. ¿Era posible que no pudiera evitar tan cruel suplicio?

Buscó ansiosamente el medio de evitarlo. Pero, ¿cómo? Los dos estaban unidos á la cadena indisoluble de la familia. Él era el esposo de su madre; ella la hija. Su madre, la madre adorada, los unía de una manera implacable. El alejamiento del Barón, ó el suyo; no había otra solución: una ruptura completa é irreparable de los lazos que los unían.

Pero, ¿cómo procurar esta ruptura sin destrozar el corazón de la madre? ¿Cómo podía ella denunciar al Barón á su propia mujer? ¡Oh, todo antes que hacer saber aquella infamia á la

pobre mujer! Además, ¿cómo decírselo?... ¿En qué términos podía explicarse aquella monstruosidad, cuyo sólo recuerdo la indignaba tan profundamente?

Edmea soñaba, llena de cólera, atroces venganzas para castigar al miserable. La boca, crispada por una sonrisa de odio, los ojos rebosando ira bajo sus cejas negras, deploraba no haber tenido á mano un arma con que castigar la infamia en el acto, dejando sin vida al infame. Pero él vivía, y para defenderse de él encontraba mil dificultades. El único recurso que le quedaba era abandonar la casa, y refugiarse en un convento, ó persuadir á su madre de que ella y su marido debían volverse á París.

¡El convento! ¿Con qué pretexto? Todo el mundo sabía que no era muy religiosa. Fingir súbitamente una vocación decidida, era peligroso. Nadie la creería. ¿Á qué comentarios, á qué malicias no podría dar lugar semejante inesperada resolución? Una joven de su edad, renunciando de pronto al mundo, haría creer, por lo menos, que sentía las amarguras de un amor contrariado, ó que no era feliz en compañía de su madre.

Entregaría su vida á la curiosidad pública. Ya oía las malicias y los equívocos de todos aquellos ociosos que durante el otoño habían

sido huéspedes de Croix-Mort. ¡Qué alimento para su ociosidad mundana! Y, además, ella no podría vivir en el convento. La vida claustral, las celdas desnudas y frías, los prolongados rezos, el sonido monótono del órgano, los cánticos religiosos, toda la pompa solemne y vacía del culto, la helaba de espanto. No podría acostumbrarse, y en la piadosa casa de Dios entraría una rebelde, no una religiosa.

¿Y qué hacer? ¿Obtener de Fernando que regresara á París, pedirle esto como un gran favor? ¿Mostrarse humilde y suplicante, cuando debía mostrarse implacable? ¿Qué amargura y qué vergüenza!

En su oído sonó siniestra la campana que llamaba á comer, perturbándola en sus tormentosas meditaciones. Había llegado el instante de dar á su semblante un aspecto marmóreo para arrostrar las miradas del ser aborrecido. Procuró serenarse, é irresoluta respecto del porvenir, pero decidida en cuanto al presente, bajó al comedor.

La madre la preguntó afectuosamente si se había repuesto de sus emociones. Él no dijo palabra, ni la miró siquiera. Estuvo serio y preocupado durante toda la comida, y la Baronesa, sin comprender los precipicios que bordeaba, le dió broma jovialmente con motivo del

mutismo en que le veía. El Barón respondió de una manera evasiva, y quiso hacer esfuerzos para disimular, pero no pudo. Apenas terminó la comida, se levantó, fuese á la terraza, y empezó á dar paseos, fumando como de costumbre.

Edmea le veía pasar y volver á pasar, con la cabeza baja, por delante de la ventana. ¿En qué pensaría? ¿Qué monstruosas esperanzas acariciaría? Parecía abatido por un peso demasiado fuerte: el de su infamia.

Lo estaba, en efecto. Aquella sorpresa, más rápida que el rayo, que había puesto durante un momento á Edmea en sus brazos, desgarró el velo que hacía un mes obscurecía su mente. Habíale iluminado un relámpago. Había comprendido el sentimiento que le arrastraba hacia la joven, y esta revelación formidable le había anonadado.

Batallaban en él diversos sentimientos. Sentía compasión, vergüenza, cólera, mezclado todo esto con una especie de voluptuosidad atroz. Se consideraba un hombre cruel y desnaturalizado, y al mismo tiempo pensaba que Edmea era una mujer adorable. Se condenaba y se disculpaba á la vez. Producíase un conflicto terrible entre sus remordimientos y sus apetitos. Todo lo que aún había en él de puro y generoso se rebelaba, y todo lo que la mala vida anterior



había desarrollado en él de malsano y pernicioso le envolvía en una ansia espantosa é irresistible.

El angel bueno y el angel malo se disputaban aquella alma perturbada, y combatían con armas iguales. Una palabra amable pronunciada por Edmea, una lágrima casta de sus ojos, podían, en aquel momento decisivo, hacer caer de rodillas, arrepentido y regenerado, á aquel desgraciado, vacilando sin voluntad entre sus virtudes naturales y sus vicios adquiridos.

Volvió al cabo de cinco minutos, tiritando de fiebre más que de frío, y vino á colocarse cerca de la chimenea con los ojos bajos, en la actitud de un sentenciado que espera la ejecución de la sentencia.

Edmea estaba sentada cerca de su madre, delante de la mesa, trabajando, y su aguja se movía en sus dedos, mientras su corazón latía con violencia en el pecho. Regina hacía algún tiempo no podía estar más de una hora sin moverse, porque decía que, prolongando mucho la inmovilidad, sentía luego torpeza en las piernas. Fernando conocía esta particularidad, y espiaba el momento en que su mujer, para desentumecerse, fuera á dar una vuelta por la inmediata galería.

La joven se estremeció viendo á su madre

levantarse. Comprendió que iba á quedar sólo, y dudó si seguiría á su madre. Fernando hizo un movimiento rápido para impedirselo, y viendo que ella iba á gritar, le dijo suplicante:

—Ruego á Ud. que no se marche... Es preciso que hable con Ud., y si no es esta noche, creo que no podrá ser nunca.

—¿Qué quiere Ud.?—preguntó, haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.

—No quiero más que la compasión de Ud.

Edmea le miró con ira.

—¿Merece Ud. otra cosa que el desprecio?

—Ya me odiaba Ud.—contestó tristemente; —desprecio ú odio, es igual.

—¿Qué otros sentimientos—replicó la joven—me ha de inspirar quien ha introducido aquí la perturbación y el mal? Antes de conocer á Ud., mi madre tenía salud, paz y ventura. Ahora está enferma, triste y desolada. Yo no tenía ni pesares ni inquietudes... Ud. me ha hecho conocer las tristezas y las amargas. Y no era esto bastante; ha sabido Ud. hacerse de tal manera odioso, que no podré seguir viviendo en esta casa, que tiene mi nombre, si Ud. no sale de ella para no volver jamás.

La sangre se agolpó en la cabeza de Fernando, y aparecieron manchas rojas en su pálido rostro.

—¿No puedo esperar de Ud. más que violencia y cólera?—preguntó con amargura.—¡Ah! Soy muy desgraciado... Sufro tanto, que no puede explicarse... Si Ud. supiera lo que me inspira... No es afecto, es una adoración sobrehumana. Dígame Ud. alguna palabra menos dura... Déjeme Ud. esperar que llegará á perdonarme.

El rostro de Edmea reveló la expresión del odio más implacable, y crujiendo los dientes y con los ojos fuera de las órbitas, exclamó:

—¡Jamás!

—Hace Ud. mal—murmuró Fernando con voz sorda:—con un poco de bondad, haría usted de mí cuanto quisiera.

—Yo no quiero hacer nada de Ud. —replicó Edmea con furor;—no quiero ver ni oír á usted... Daría mi vida de buena gana por poder anonadarle á Ud. con una palabra. Si Ud. no es el último de los miserables y de los cobardes, váyase Ud. mañana de aquí, llévese á mi madre, si quiere, y no vuelva Ud. á presentarse nunca ante mi vista... ¿Consiente Ud.?

Movió Fernando la cabeza con una risa siniestra, como si se volviera loco, y repitió lúgubramente:

—Hace Ud. mal.

—Pues bien—añadió la joven;—puesto que

no puedo despertar en Ud. un sentimiento de honradez, sólo debo reclamar su prudencia... Le prevengo que me defenderé contra usted como si fuera Ud. un bandido, y le declaro que, á partir desde este momento, si solamente se atreve Ud. á dirigirme la palabra, le abofeteo delante de mi madre...

Regina volvía. Tarareaba con perfecta tranquilidad, sin sospechar siquiera la horrible escena que terminaba al entrar ella en el salón. Edmea no honró á Fernando ni siquiera con una mirada de amenaza, abrazó á su madre, y se retiró á su habitación.